

26 diciembre 2015

## En el adiós a “il professore”

Por José Luis López

En la pasada Nochebuena nos dejó a los 84 años Carlo Vittori, “il professore”, el gran maestro del entrenamiento de la velocidad. Para los que nos dedicamos a las ciencias de la actividad física y el deporte; para los que bebemos apasionadamente, gota a gota, del atletismo; para los que sentimos las carreras de velocidad como la respiración del alma, Vittori ha sido una de nuestras grandes referencias. Decía Martí Perarnau que no es que don Carlo lo supiera todo del sprint, es que él inventó la velocidad, el entrenamiento de la velocidad. Efectivamente, Vittori era el ABC del sprint, y Pietro Mennea (que falleció en 2013), su hijo más aventajado.

Carlo Vittori fue un destacado velocista italiano de los años 50 (olímpico en Helsinki 1952), pero sobre todo ha sido su faceta como entrenador la que le ha encumbrado a nivel mundial. Fue el gran responsable y artífice de la escuela italiana de la velocidad, entre 1969 y 1986, la edad de oro en la que los velocistas italianos consiguieron 47 grandes medallas internacionales, y el entrenador de Pietro Mennea (plusmarquista mundial de 200 m y campeón olímpico), así como de otras estrellas del atletismo italiano como Marcelo Fiasconaro, Donato Sabia o Pier Francesco Pavoni, y creó una metodología que, desde hace años, han seguido en el mundo cientos de entrenadores. E incluso Vittori fue el entrenador que recuperó para el fútbol, tras una grave lesión, a Roberto Baggio, en una de esas excepcionales dedicaciones a las que él llamaba “los otros deportes”.

Recuerdo cuando yo estudiaba teoría del entrenamiento en los años 80. Los soviéticos y los italianos eran nuestra gran referencia. Los primeros sentaban las bases; los segundos eran los que bajaban a la realidad de la pista, los que realmente más nos ayudaban e influían: Vittori, Bosco, Bonomi, Locatelli, Arcelli...

Siempre soñé con conocer el Centro de Preparación Olímpica de Formia, donde entrenaba Vittori. Debía ser como un paraíso. Poder estar en el día a día de Pietro Mennea a las órdenes de “il professore”, donde llegar 5 minutos tarde al entrenamiento era una gran descortesía. Disfrutar de aquellas agónicas series de Mennea luchando a muerte contra el ácido láctico y con Vittori siguiendo la carrera por la pista en una Vespa. De ahí partía todo en el entrenamiento de la velocidad. Luego, gracias a un aventajado colaborador y fiel amigo suyo, Rafa Martín Acero, nos llegaban esas teorías directamente a España. Y para mí resultaba una maravilla ver cómo era posible una medalla mundial en velocidad con cuatro relevistas blancos europeos técnicamente perfectos (Tilli, Simionato, Pavoni y Mennea), y me preguntaba por qué aquí no teníamos nada parecido.

Aún recuerdo cuando, por fin, conocí a Carlo Vittori. Fue en Barcelona, en 2010, cuando la Fundación CIDIDA, que me honro en presidir, organizó el World Congress on Science in Athletics y tributó un merecidísimo homenaje a Carlo Vittori, por su brillante trayectoria. Fue precisamente el Dr. Rafa Martín Acero quien presentó al maestro de la velocidad, loando de forma emocionante e impecable sus méritos. Conocí entonces al Vittori que siempre decía lo que pensaba, a quien se amaba o se odiaba (aunque en el fondo siempre supo perdonar, incluso al ingrato Mennea, porque nunca dejó de ser su hijo atlético predilecto, o a otros con los que tuvo una ondulante relación de amor-odio como Bosco, Nebiolo o Locatelli). Pero siempre se puede olvidar para renacer. También, al Vittori educado, un caballero a la vieja usanza, que me envió una entrañable nota de agradecimiento escrita a máquina unos días después del Congreso, que guardo con cariño. Vittori fue también un enemigo acérrimo del dopaje. Hace menos de un mes que decía que el 95 % de las marcas actuales le parecen cuanto menos inquietantes (y ponía como ejemplo al renacido Justin Gatlin), que solo cree en Usain Bolt, y que aquel que haya dado positivo debería estar sancionado de por vida. Por eso le dolió tanto cuando Pietro Mennea rompió con él y cayó en manos del perverso Dr. Kerr, en Estados Unidos. Sentía que era una traición a sus principios. Para Vittori el dopaje se da porque ya no se cree suficientemente en el trabajo y en la ciencia. Y también recuerdo cuando decía que él entrenaba a personas y no a caballos de carreras. Que el entrenamiento es un proceso educativo. O que del gesto atlético nace todo, aludiendo al atletismo como base de todos los deportes. Y tantas otras enseñanzas.

Hace un mes recibió la “Quercia al merito di terzo grado”, la máxima condecoración del atletismo italiano. Pero, lejos de pronunciar unas edulcoradas palabras de agradecimiento propias de un entrañable anciano dócil ya cercano al viaje final, “il professore” volvió a ser el indomable revolucionario que dice lo que piensa, cargó contra la desastrosa dirección actual del decrepito y sospechoso atletismo italiano, que según él ya prácticamente no existe, alertó de la falta de entrenadores, fustigó al dopaje que enrojece a Italia...

Vittori había sido un revolucionario del entrenamiento, alguien empeñado en demostrar que la motivación y el entusiasmo hacia el sacrificio que comportaban sus duros entrenamientos era la base de su metodología. De Vittori aprendimos que, en realidad, fuerza y velocidad son lo mismo; que la técnica es el cimiento de un atleta; que hay diferentes manifestaciones de la fuerza (explosiva, elástico-explosiva, reflejo-elástico-explosiva...); que la gran variedad en los contenidos del entrenamiento lleva a un mejor rendimiento... y tantas otras perpetuas enseñanzas. Su innovación metodológica y su rigor aplicativo tuvieron en Pietro Mennea al mejor intérprete posible. Se juntaron “Il professore” y la “Freccia del Sud”, dos obstinados testarudos, dos caracteres indomables, dos obsesionados por el trabajo y la perfección, dos enfermos del virus de la velocidad.

En 2014 se publicó en Italia la última gran obra del profesor Carlos Vittori, “Nervi e cuori saldi” (Calzetti e Mariucci editore), algo así como su gran testamento atlético y vital. Es un libro técnico pero también profundamente humano. Allí confiesa Vittori que, a pesar de las dificultades de la convivencia con Pietro Mennea, de él aprendió la profesión más noble del deporte, la del educador-entrenador.

Repito unas sentidas palabras del profesor Rafa Martín Acero, refiriéndose a Carlo Vittori: **“a veces creo que algunas personas deben ser eternas, y deben serlo porque enriquecen a la humanidad con sus conocimientos, su forma de ser y con sus hechos. Desgraciadamente la vida se acaba para todos, pero para algunos permanece en nuestro recuerdo y en nuestro corazón”**.

Ciao Professore. E salutaci Pietro.